
A. W. TOZER

Compilado y editado por James L. Snyder

EL PODER DE
DIOS
PARA TU
VIDA

CÓMO EL ESPÍRITU SANTO TE TRANSFORMA
POR MEDIO DE LA PALABRA DE DIOS



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *God's Power for Your Life* © 2013 por James L. Snyder y publicado por Regal, de Gospel Light, Ventura, California, U.S.A. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *El poder de Dios para tu vida* © 2014 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1964-5 (rústica)
ISBN 978-0-8254-0534-1 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7987-8 (epub)

1 2 3 4 5 / 18 17 16 15 14

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

Introducción: ¿Podemos confiar en la Biblia? 5

Primera parte: La importancia del poder de Dios

1. Dios ofrece algo único: la Biblia 13
2. El desafío a la autoridad divina 23
3. El lugar correcto de la Palabra viva 33
4. El cimiento firme de la Palabra viva 45
5. La autoridad de Dios descansa en la Biblia. 57
6. Tomarse en serio la Palabra de Dios 67

Segunda parte: Obstáculos al poder de Dios

7. Cómo superar el gran engaño espiritual 79
8. La batalla interminable por la mente 89
9. Una mentira letal y cómo enfrentarla. 101
10. La reprensión fiel de Dios al pueblo de su pacto 111
11. Cómo rechazar el ataque contra el poder de Dios 121
12. El efecto de la Palabra de Dios sobre la vida
de la persona. 131

Tercera parte: Liberar el poder de Dios por medio de la Palabra

13. La escalera del poder espiritual para el cristiano 145
14. El poder de la Palabra de Dios para con su pueblo 157
15. La Palabra de vida. 169

16. El misterio del extraño silencio de Dios.	179
17. El poder del Espíritu Santo en la Palabra de Dios	191
18. Firmes en su promesa	201
19. Una invitación abierta.....	213

¿PODEMOS CONFIAR EN LA BIBLIA?

Uno de los temas importantes que debaten los cristianos modernos es el del poder. No es un asunto nuevo. Se han publicado muchos libros sobre el tema del poder espiritual, e incluso algunos son bastante útiles. Al Dr. Tozer le preocupaba mucho este tema; concretamente, le inquietaba la impotencia evidente del cristiano de a pie, a pesar de que hubiera tantos libros sobre el poder espiritual.

En el meollo del asunto encontramos una pregunta sencilla: *¿Podemos confiar en la Biblia?* Hoy día se dicen y se escriben tantas cosas sobre las Escrituras que algunos están confusos sobre la importancia de la Biblia.

A lo largo de este libro, el Dr. Tozer establece la sencilla verdad de que la Biblia nunca fue destinada a sustituir a Dios, sino a llevarnos de una forma radical y directa a su presencia. La Biblia no es un manual que nos dice lo que debemos creer, ni un texto religioso que nos dice cuál es la manera correcta de adorar. Sin duda que tales cosas figuran en las Escrituras, pero no son el propósito primario de la Palabra de Dios.

El Dr. Tozer nos anima a “ponernos de rodillas con la Biblia abierta y permanecer en la presencia de Dios”. ¿Cuántos de nosotros sabemos realmente qué significa ir ante la presencia de Dios y permanecer allí? El propósito de este libro es animar a los creyentes a buscar a Dios como Él desea que le busquemos.

En este mundo nada es permanente salvo la Palabra de Dios. Cuando leemos en la Palabra de Dios “así dice el Señor”, sabemos todo lo que necesitamos. Sabemos lo que precisamos saber para deleitarnos en el santuario del poder divino.

Buena parte de los comentarios modernos sobre el poder tiene que ver con fomentar los proyectos individuales de alguien. Hay incluso algunos predicadores que pretenden demostrar lo increíble que es su poder y llamar la atención sobre lo espirituales que son. Muchos hablan de los milagros que han hecho. Ahora bien, cualquiera que lea la Biblia cree en la autenticidad de los milagros; esta no es la cuestión. La cuestión tiene que ver con los propósitos con los que se ejerce el poder.

El poder asociado con la Palabra de Dios y el Espíritu Santo es el poder que nos lleva a la presencia manifiesta de Dios. En este libro encontrará esta frase una y otra vez. Es una expresión que resulta desconocida para la mayoría de cristianos, pero lo cierto es que debemos acudir a la presencia de Dios. Dios no es un Dios ausente; no es “Alguien que está allá arriba y a quien le gusto”. El gran deleite de nuestro Padre celestial es tener comunión con los redimidos.

El propósito de nuestra redención fue devolvernos a la comunión dulce y maravillosa con el Padre. La salvación no consiste solo en ir al cielo. Sin duda que ese es nuestro destino, pero nuestra salvación nos ha permitido tener una relación con Dios que es íntima y personal en el momento presente. ¿Cuántos creyentes han experimentado de verdad la presencia de Dios? ¿Cuántos han sentido su aliento sobre ellos cuando se le acercan con temor reverente?

Conocer a Dios de esta manera es la gran bendición del creyente.

En nuestra generación hay muchas personas atrapadas en la política y en las inquietudes sociales. Esto no es malo, pero hay algo mucho mejor: nuestra comunión con Dios. Todo lo que

hagamos debe fluir de quiénes somos. Somos cristianos, lo cual quiere decir que mantenemos una relación impresionante con el Dios de la Creación.

El poder de Dios, cuando el Espíritu Santo actúa por medio de la Palabra escrita, nos introduce aún más en la presencia divina. Ahí es donde precisamos ir. No podemos llegar a ese lugar, tal como nos dice el Dr. Tozer en este libro, por medio de la educación o de cualquier otro tipo de manipulación externa. Lo que nos permite experimentar a Dios de esta manera es el poder transformador del Espíritu Santo por medio de la Palabra de Dios. No deberíamos contentarnos con nada menos.

Lamentablemente, muchos de nosotros nos hemos apartado del camino debido a nuestra cultura. Hay tantas cosas que compiten por ocupar nuestra atención que no logramos pasar con Dios un tiempo esencial. Este libro puede ser el recorrido hacia (o la vuelta a) la profunda comunión con Él. Como creo que este libro es importante, me gustaría ofrecerte algunas pautas sencillas para leerlo.

A menudo, cuando tengo entre las manos un libro nuevo, no puedo dejarlo hasta que he acabado la última página. En este sentido soy un tanto obsesivo. Sin embargo, no creo que esta sea la mejor manera de abordar este libro. Sigue adelante y léelo de una sentada si debes hacerlo (para expulsarlo de tu sistema), pero permíteme darte unas recomendaciones para sacarle todo el jugo a este libro en una segunda lectura.

La primera sugerencia que quiero hacerte es que leas solamente un capítulo por día, lo cual te permitirá concentrarte en una pequeña porción a la vez. La lectura rápida puede estar bien para algunos libros, pero uno como este hay que abordarlo de una manera diferente.

Al Dr. Tozer le encantaba citar a Francis Bacon: “Algunos libros hay que probarlos, otros hay que devorarlos, y unos pocos hay que masticarlos y digerirlos”. Creo sinceramente que este

libro encaja en esta última categoría. Tómate tu tiempo para masticar lentamente y digerir la verdad que contiene.

Empieza su lectura de cada capítulo con la oración introductoria. Lee lentamente la oración y luego dedica un tiempo a meditar en ella hasta que se convierta en tu oración. Hacerlo creará un determinado nivel de expectativa para el material que tienes entre manos.

Digiere la verdad del capítulo. Personalmente, me gusta leer con un bolígrafo en la mano para poder señalar determinadas palabras y frases que me saltan a la vista. Supongo que en este sentido soy anticuado. Si lees este libro en formato electrónico, quizá quieras encontrar una manera de anotar las ideas clave. Leer lentamente un pasaje y concentrarse en las palabras y en las frases que en ese momento nos hablan al corazón tiene sus ventajas. No sugiero que dejes tu cerebro a un lado, sino que te detengas el tiempo suficiente para que la verdad penetre en tu corazón.

La última tarea que debes hacer es meditar amorosamente en el himno incluido al final de cada capítulo. El himno elegido expone sucintamente la verdad contenida en el capítulo. Un himno tiene algo que lo diferencia de cualquier otra forma de expresión. Nos hemos alejado de la sabiduría vertida en ellos, pero a medida que avances por estas páginas, te ruego que prestes atención a los himnos.

No sugiero de ninguna manera que este libro sea equiparable a las Sagradas Escrituras. Eso sería una blasfemia. Lo que sugiero es que en las palabras del Dr. Tozer hay una verdad que puede alterar dinámicamente el modo en que vive una persona. Este libro pondrá en manos del lector sincero el poder para vivir la vida cristiana de una manera agradable a Dios.

Espero que este libro abra caminos deleitosos en tu búsqueda cotidiana de Dios.

Reverendo James L. Snyder

— EL PODER DE DIOS —
PARA TU VIDA

PRIMERA PARTE



LA
IMPORTANCIA
DEL PODER
DE DIOS

*En mi corazón he guardado tus dichos,
para no pecar contra ti.*

SALMOS 119:11

DIOS OFRECE ALGO ÚNICO: LA BIBLIA

Padre, te ruego que bendigas este proyecto de contar lo grande que eres y lo grande y hermosa que es tu Palabra, qué atractiva y qué terrible es. Oh, Señor, ningún hombre puede hacer esto, pero lo intentamos. Toma nuestros pececillos y nuestro pan, pártelo y distribúyelo, Señor, porque no somos más que unos niños que te entregan una cestilla de mimbre con un poco de comida: no basta para todos. Oh, Señor, parte esos alimentos y multiplícalos. Amén.

Algunas autoridades de nuestro mundo son falsas, carentes de fundamento, y hacemos bien al rechazarlas. Con gran satisfacción deseo señalar a la única autoridad religiosa: la autoridad suprema que ostenta Dios. Dios todopoderoso ejerce esa autoridad suprema por medio de su Palabra y de su Hijo. Esto constituye el punto focal de este libro.

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento afirman solemnemente esto, que es la creencia unánime de judíos y de cristianos.

Dios posee esa autoridad suprema por diversos motivos, uno de los cuales es su eternidad. Sabemos que Dios existió antes que cualquier otra autoridad. No digo que no haya otras autoridades; sé muy bien que las hay. Sin embargo, Dios existió antes que ellas. Los señores, los reyes, los emperadores y los potentados tienen determinada autoridad, pero esta llegó tarde; es un

préstamo que Dios les hace, y por consiguiente es transitoria. Lo que es temporal nunca puede ser definitivo ni supremo.

Otro tipo de autoridad es la que Dios ha delegado: los profetas, apóstoles, papas, obispos y eruditos religiosos. Si estos ungidos fueron administradores buenos y sabios del poder que se les había confiado, poseyeron una autoridad prestada; pero si fueron malos, la usurparon. Es totalmente posible usar mal esta autoridad delegada, y a través de los siglos muchos lo han hecho. Los obispos dicen “No hagan esto y lo otro”, y quienes se someten a su autoridad no osan hacerlo. En la misma línea actúan los papas, los apóstoles y los profetas. Repito: que si fueron buenos, tomaron su autoridad prestada de Dios; pero si fueron malos, se la usurparon. De cualquiera de las dos maneras provenía de Dios, y todos tuvieron que devolverla cuando murieron. Como mucho, su autoridad prestada fue transitoria.

Frente a la autoridad transitoria, relativa y tentativa de los profetas, apóstoles y reyes, papas y emperadores, obispos y presidentes, y todos los demás, se yerguen estas palabras impresionantes: “Y: Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos” (He. 1:10). Antes de que existiera el mundo, Dios era; y cuando el mundo al final se deshaga, Dios seguirá siendo la autoridad suprema. Si tengo que demostrar esto es que carecemos de todo fundamento para nuestra fe, “porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (He. 11:6).

La dinámica de la autoridad suprema de Dios descansa sobre sus atributos. Dios puede compartir con su pueblo algunos de sus atributos: por ejemplo, amor, misericordia, compasión, piedad, santidad y justicia. Sin embargo, hay otros que son tan divinos que Dios no los puede compartir: autoexistencia, soberanía y omnisciencia, entre otros. Estos atributos declaran que Dios tiene toda la autoridad que existe. Sería maravilloso que nosotros, los cristianos, recordásemos esto.

La palabra autoritativa de Dios

¿Cómo ejerce Dios su autoridad? La respuesta constituirá el fundamento de nuestra experiencia cristiana. Dios ejerce su autoridad por medio de su Palabra. Dios habla al hombre y da a conocer su voluntad a través de ese medio.

Ese libro recibe, entre otros, estos nombres: el libro de Dios, el libro del Señor, la buena Palabra de Dios, las Sagradas Escrituras, la Ley del Señor, la Palabra de Cristo, los Oráculos de Dios, la Palabra de vida y la Palabra de verdad. Todos ellos son descripciones de aquella Palabra por medio de la cual Dios manifiesta su autoridad: se nos dice que esa Palabra está inspirada por Dios, es indestructible y eterna.

Esta Palabra es algo único que nos da Dios. Este libro del Señor, la Palabra expresada por Él, difiere y trasciende todas las demás; es tajante, autoritativa, asombrosa y eterna. Por medio de esta Palabra Dios ejerce su autoridad suprema, que tiene su origen en sí mismo, pues nunca derivó su autoridad de los hombres. El Señor nunca se arrodilló para que alguien le tocara en los hombros con una espada y le dijera: “Álzate, Señor soberano”. Nadie puede conferir la soberanía al Dios soberano. Toda soberanía temporal que posea un ser humano se la ha concedido Dios.

La naturaleza de Dios le induce a revelarse; por consiguiente, se expresa. Lo que nos dice nace en la mente de un Creador infinito, penetrando luego en la mente de una criatura finita. Algunas personas tienen una capacidad intelectual tan grande que esto les molesta. A mí no me preocupa en absoluto. No creo que exista un puente infranqueable cuando el Creador infinito decide que manifestará su Palabra autoritativa al hombre finito. Creo que puede hacerlo, y que en esa Palabra manifiesta descansa su autoridad soberana, que tiene el poder de la vida y de la muerte.

No creo que esta afirmación sea excesiva. Ciertamente, las

Escrituras declaran que el evangelio es la palabra de vida. Llegará un día en que todas las cosas se pondrán en su lugar, cada “i” recibirá su punto, y no dejará de cumplirse ni una jota ni una tilde de la poderosa Palabra de Dios. El Señor nunca pronuncia palabras frívolas ni nada que no esté acorde con su carácter y su naturaleza.

El libro de Sabiduría de Salomón teatraliza el modo en que la Palabra de Dios vino a los hombres, diciendo: “Tu Palabra omnipotente de los cielos, de tu trono real, cual invencible guerrero, se lanzó en medio de la tierra destinada a la ruina” (18:15). La Palabra emana del trono real, ese trono que nunca fue construido porque siempre estuvo allí. Es el trono en el que se sienta el Dios poderoso, todopoderoso.

Por este motivo, no me gusta ver a las personas jugar con su Biblia. Esta Palabra poderosa descendió del trono del rey, y debo tener cuidado porque es algo único. Es la voluntad de Dios que se me ha revelado. Es Dios mismo quien manifiesta su autoridad soberana por medio de las palabras impresas que puedo leer en una página. Sin embargo, se nos dice que estas palabras son vivas, dinámicas y creativas. Cuando Dios habló, fue. Cuando lo ordenó, sucedió. La creación existió por medio de su Palabra. Por este motivo, nunca debemos pensar que Dios se puso de rodillas y modeló un trozo de arcilla como si fuese un alfarero. Es una imagen hermosa, pero la realidad es que Dios habló y todas las cosas fueron hechas.

En los primeros capítulos de Génesis, Dios dijo “hágase la luz”, y hubo luz. Dios dijo “que la tierra dé sus frutos”, y sucedió. Pasó todo lo que Dios dijo. Además, Dios dice que llegará un día en que veremos cómo se cumple cada una de las palabras que Él ha pronunciado. Llegará un día en que Jesucristo llamará a todas las naciones delante de Él, y lo hará por medio de la Palabra que ha pronunciado.

La Palabra de Dios es nuestro terror y nuestra esperanza; da

la muerte y también la vida. Si nos relacionamos con ella con fe, humildad y obediencia, nos da vida, nos limpia, nos sustenta y nos defiende. Si la cerramos como incrédulos, ignoramos lo que contiene o la rechazamos, nos acusará delante del Dios que nos la dio. Es la Palabra viva de Dios, que desciende como un guerrero poderoso y temible, y ni tú ni yo debemos atrevernos a resistirla ni a argumentar en su contra.

Conozco personas que creen una parte de la Biblia, pero no creen otras. Dicen que los pasajes que les inspiran son inspirados; y si no les inspiran, no son más que historia y tradiciones. Por lo que a mí respecta, creo que lo que Dios nos ha dado es único, la Palabra manifiesta del Dios vivo, y que cuando asimilamos su significado y sabemos qué es lo que Dios nos da, tiene el poder de matar a quienes se resisten a ella y el poder de vivificar a los que creen.

“¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?” (Is. 53:1). La incredulidad paraliza los brazos de los hombres; sin embargo, el brazo del Señor no solamente no se paraliza, sino que obra la salvación de los hombres. En la Palabra de Dios hay poder, y cuando creo en ella y participé de ella y ella de mí, sucede algo: el Dios eterno realiza una obra eterna en el corazón de un hombre finito.

Una advertencia y una invitación

La Palabra autoritativa de Dios nos da tanto una advertencia como una invitación. Consulta con tu Biblia y escucha cómo Dios nos dice: “el alma que pecare, esa morirá” (Ez. 18:20). Y también: “el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Jn. 3:3). Y: “antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lc. 13:5); “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mt. 7:21). “Y a los que hacen

iniquidad... los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mt. 13:41-42). “Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios” (Ef. 5:5).

Estas son palabras terribles de Dios. Con esta afirmación autoritaria manifiesta algo único. Nadie se atreve a tocar esto, nadie se atreve a ponerse en pie y decir: “Vamos a explicarlo a la luz de lo que enseñó Platón”. Yo he leído a Platón, pero me da lo mismo lo que diga.

Cuando Dios dice “el alma que pecare, esa morirá” (Ez. 18:20), que Platón se arrodille delante de la autoritativa Palabra de Dios, este objeto único y temible. Dios ha enunciado su autoridad por medio de su Palabra; que no se levante ningún papa y explique la Biblia a la luz de lo que dijo el padre Fulano o Mengano. Que todo el mundo guarde silencio mientras habla el Dios todopoderoso. “Oíd, cielos, y escucha tú, tierra; porque habla Jehová” (Is. 1:2).

La Palabra expresada es también un mensaje de invitación. ¡Ah, la hermosa invitación de la Palabra de Dios! No es fruto de la reunión de un grupo de personas religiosas, que han celebrado un cónclave y han decidido lo que van a decir. No, no, no. Fue el Dios todopoderoso el que lo dijo. Lo afirmó desde los cielos; descendió como un hombre fuerte en mitad de la noche y llenó la Tierra con el fragor de su voz.

Esta Palabra dice: “vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia” (Is. 55:7), y “venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mt. 11:28); y también: “si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Ro. 10:9). También dice: “por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Ef. 2:8-9).

Esta Palabra declara que “si confesamos nuestros pecados,

él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn. 1:9). Es la única voz autoritativa que no necesita mejoras, interrupciones ni explicaciones; solo debe ser liberada y creída.

Cuando le pidieron que diera una serie de diez conferencias en defensa de la Biblia, C. H. Spurgeon respondió por telégrafo: “No iré, la Biblia no necesita defensa. Liberadla y se defenderá como un león”. Yo también creo que no necesitamos que nadie defienda la Palabra de Dios; solo tenemos que practicarla.

En Lucas 16 encontramos un pasaje tremendo sobre un hombre rico que murió. Estando en el infierno, alzó la vista y vio a Abraham y al mendigo Lázaro en su seno. El rico que había vivido suntuosamente ahora ya no vivía así en el infierno, y rogaba una gota de agua para refrescar su lengua. No la recibió, pero se convirtió en evangelista al decir: “Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento”.

Abraham le dijo: “A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos”.

El rico volvió a suplicar: “No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán”.

Abraham respondió: “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos” (ver Lc. 16:19-31).

Dios ha creado nuestro futuro, nuestro destino, nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra tristeza; lo ha hecho para el mundo entero y por todos los incontables siglos venideros. Dios lo ha hecho todo vinculándolo con su Libro. Esta Palabra de Dios, a discreción del Espíritu Santo, es el poder en la vida del creyente y no hay que discutirla.

Dios habla con autoridad y nadie tiene ningún derecho a decir “Eso no me lo creo”. Muy bien, sigue tu camino, pero la Palabra del Dios vivo sigue resonando en este mundo, destruyendo lo

que no redime. En aquel día terrible en que Dios sacudirá todo lo que se pueda conmocionar, esta Palabra viva, vibrante, temible, todopoderosa y eterna destruirá todo lo que no sea redimido. Yo, por mi parte, quiero estar en el bando de los redimidos. Muchas veces me arrodillo leyendo el capítulo 54 de Isaías, y dejo que ese mensaje único de Dios me hable al corazón. Dejo que esa Palabra terrible me hable, y la escucho hacerlo con una voz que penetra hasta lo más profundo de mi ser.

¿Quieres saber cuándo pueden apartar el amor de Dios de las personas que le buscan? ¿Quieres saber cuándo pueden cancelar el pacto de la gracia salvadora de Dios para el hombre que confía en Él? Ese momento nunca llegará, aunque los montes se trasladen y deje de existir el mar (ver Is. 54:10). Dios ha dicho que nunca apartará esa misericordia, porque la misericordia de Dios es eterna y permanece fiel para siempre. Estas son las palabras de Dios, el medio por el que el Espíritu Santo nos lleva a someternos por completo a la santidad de un Dios santo.

La roca firme

Edward Mote (1797-1874)

Mi fe está puesta en Jesús,
solo en su sangre y su virtud.
En nadie más me confiaré,
y solo de Él dependeré.

Cuando no pueda ver su faz,
sé que su gracia es siempre igual.
Aún cuando viene tempestad,
Él es mi ancla y firme está.

DIOS OFRECE ALGO ÚNICO: LA BIBLIA

En sus promesas me fiaré,
aún cuando el viento fuerte esté.

Si todo cae alrededor,
Él es mi fiel sustentador.

Un día Él regresará.
Entonces quiero puro estar,
sin mancha ante mi Jesús,
lavado en sangre de su cruz.
Sobre la Roca firme estoy,
y solo en Cristo fuerte soy;
y solo en Cristo fuerte soy.

© 1981 Maranatha! Music / Alejandro Alonso / ASCAP

EL DESAFÍO A LA AUTORIDAD DIVINA

Te he buscado, oh, Señor, y me he visto confundido por las falsas autoridades que han usurpado la que te corresponde. Te ruego que mi corazón se afiance en tu Palabra, oh, Dios, hasta tal punto que tu verdad sea preciosa para mí. En el nombre de Jesús, amén.

Una vez que hemos establecido el hecho de la autoridad de Dios, hemos de prepararnos para que el enemigo desafíe insidiosamente esa autoridad. Esto me lleva a una consideración relevante, que es: *¿Qué autoridad tiene la religión, y dónde radica?* La religión constituye una parte integral de toda experiencia humana; quienes niegan la religión lo hacen religiosamente, pero en realidad nadie puede eludir el largo brazo de la religión.

De modo que vuelvo a preguntar: *¿Dónde radica la autoridad de la religión?* Sin duda tiene gran poder sobre la vida humana. ¿Existe en alguna parte una autoridad suprema última en la que podamos confiar implícitamente, una autoridad en la que podamos refugiarnos con total seguridad, y a la que, al mismo tiempo estemos obligados a obedecer?

Descubrir la fuente auténtica de la autoridad en la religión será crucial para mi forma de vivir la vida. Cada vez son más las personas que viven sus vidas como si no existiera la autoridad religiosa. Si tienen razón, en realidad nada cambia. Sin embargo, si se equivocan (y yo te aseguro que es así), la consecuencia es terrible.

Porque si existe esa autoridad, y nos pasamos toda una vida sin someternos a ella (pasándola por alto, desconociéndola o haciendo alarde de ella), seremos los más desgraciados de los hombres. Cuando al final, después de toda una vida de rebelión contra esta autoridad, nos veamos forzados a darle cuentas, nos encontraremos sumidos en una catástrofe de proporciones inconmensurables.

Siempre se puede decir qué tipo de persona es un hombre al ver lo que piensa de la religión. Por ejemplo, si su idea de la religión es algo a lo que recurre cuando le resulta conveniente, eso me dice algo sobre ese hombre. Si, por otro lado, la religión de un hombre es el centro de su vida y todo lo demás dimana de esa dirección, esto me dice algo diferente sobre ese hombre. El modo en que enfoque su religión se refleja en su manera de vivir su vida.

Muchas personas viven como si la religión fuera algo secundario, y en esta afirmación incluyo a muchos cristianos. Numerosos cristianos (o, al menos, muchos de quienes se denominan cristianos) llevan su cristianismo como un complemento de sus vidas. Se niegan a que les moleste ningún aspecto del cristianismo.

Formúlate estas preguntas: *¿Cómo ha interferido mi cristianismo en mi vida esta semana pasada? ¿Ocupa mi cristianismo un lugar prioritario en mi vida? ¿O es solamente una cuestión de conveniencia?*

¿Qué constituye la “autoridad de la religión”?

Cuando digo que cualquier autoridad final debe responder verazmente a varias preguntas, empleo la definición más amplia de lo que es religión.

Primero, debe responder a la pregunta: *¿Dónde se encuentra la verdad?* Si no puede hacerlo, he de seguir buscando otra fuente de autoridad.

Además, debe dar respuesta a la pregunta: *¿Qué he de creer?*

Debe ofrecer un sistema que incluya lo mínimo en lo que es totalmente esencial creer.

¿Qué debo hacer para ser salvo? Esta es una pregunta crucial. Cualquier autoridad en religión que no responda a esta pregunta debe ser abandonada lo antes posible. Si no pueden decirme cómo ser salvo y entrar en una relación correcta con Dios, es una religión falsa.

Luego tenemos la cuestión del pecado, con la que en realidad nadie quiere tratar de forma absoluta. El modo en que definimos el pecado dice mucho sobre nuestra comprensión de la Palabra de Dios y nuestra entrega a ella. *¿Cómo gestionar mis pecados?* Si mi religión ignora mi pecado o convierte sus efectos en un tema marginal, debo tener mucho cuidado. *¿Qué es el pecado sino rebelión contra Dios?* Si mi religión no define el pecado de esta manera, debo replanteármela.

¿Y qué hay de mi alma? ¿Qué autoridad tiene mi religión para responder a la cuestión de mi alma? En mi vida no hay nada más importante que mi alma. *¿Qué es mi alma?* *¿Cómo la afecta mi religión?*

Las preguntas continúan: *¿Qué pasa con la muerte?* *¿Y con el juicio tras la muerte?* *¿Y qué hay del cielo?* *¿Y del infierno?*

Uno de los propósitos primarios de la religión es responder a este tipo de preguntas. Además de limitarse a responderlas, la verdadera religión tiene autoridad para hacer lo necesario a la luz de cada pregunta.

Ahora podríamos formular muchas otras preguntas, pero todas se reducen a esta: *¿De dónde obtiene su autoridad?* *¿Tiene pruebas de ella?*

La mayoría de religiones sabe muy bien cómo soslayar preguntas como estas. Tienen la capacidad de distraerme de la pregunta real, y de plantear algunas secundarias que me encaminan en una dirección distinta. Pero la autoridad debe tener

una fuente, y debe existir una evidencia sólida y una prueba de esa fuente. De no ser así, es una autoridad falsa.

Las autoridades falsas

¿Cuáles son algunas de las áreas de la autoridad falsa? Hay que revelar estas autoridades como lo que son, y luego abordarlas de acuerdo con la bendita Palabra de Dios.

Encontramos al menos cinco autoridades falsas que se han infiltrado en la religión actual, y podría añadir que también en el mundo cristiano.

La primera de ellas es la tradición. Alguien dijo en cierta ocasión que la tradición es algo que uno hace más de una vez. Hoy en día el panorama de la religión está repleto de tradiciones. Parece que toda religión (e incluso cada generación) tiene su propia lista de tradiciones que hay que seguir. A menudo las personas que las cumplen no tienen ni idea de por qué lo hacen.

Una tradición tiene una historia que no puede respaldarse con hechos. Es crucial entender esto. Las creencias y las prácticas se basan en esta tradición. No hay ningún otro motivo para hacer algo, solamente que en el pasado se hizo de esta manera.

Entonces llegamos a esta pregunta: *¿Con qué tradición nos identificamos? ¿La romana? ¿La griega? ¿La judía?* Estas tradiciones son bastante distintas unas de otras en muchos sentidos.

De donde sacamos toda esta tradición es, sencillamente, del vertedero (la buhardilla) de la religión. Una generación tras otra basará sus creencias y sus prácticas en reliquias, sin conocer ninguna de las razones tras su práctica o su credo.

Otra autoridad falsa que ha invadido la iglesia, en especial la evangélica, es la autoridad de los números. Lo que importa es el tamaño de la organización. Cuanto más grande sea, más autoridad y poder tiene. Yo jamás he fundamentado la importancia

o la validez de una organización en el número de personas que comprende.

Un simple repaso de la historia demuestra que las masas nunca han tenido la razón. Fijémonos en Noé y los hombres de su tiempo. Pensemos en Sodoma y Gomorra. A lo largo del Antiguo Testamento vemos la capacidad de toma de decisiones que tenía la nación de Israel. Las masas querían que Saúl fuera su rey. Todos sabemos lo que sucedió.

Esta generación de cristianos precisa entender que las cifras no hacen que nada sea cierto. Tú puedes conseguir que un gran número de personas crea algo, pero si era un error antes de que lo creyesen, sigue siéndolo después de que se hayan convencido.

Digamos que un hombre piensa que 2 y 2 son 7. El hecho de que lo crea no significa que sea cierto. Da lo mismo si 100 hombres lo creen; sigue siendo falso. Incluso si un millón de personas creen enfáticamente que 2 y 2 son 7, seguirá siendo mentira.

Una cosa que les cuesta creer a los cristianos modernos es que la Iglesia no está dirigida por principios democráticos. Tenemos un libro de texto, que es la Biblia. A lo largo de los siglos, la Iglesia se ha visto perjudicada al aferrarse a creencias y a prácticas que son contrarias a las Escrituras. Si un número suficiente de personas cree que algo es cierto, se vota y se acepta como tal. Este es el fundamento de la herejía dentro de los límites de la Iglesia de Jesucristo.

Una tercera autoridad falsa es la naturaleza, o déjame que la llame el instinto natural. Esta ha ido ganando terreno hace poco; es el error del humanista y del trascendentalista. Dicho en pocas palabras, dice: “Confía en tu luz interior”. Este instinto nativo se ha vuelto bastante popular entre algunos maestros contemporáneos, y ha hecho incursiones en la iglesia evangélica.

Ya es bastante malo que decidamos por voto lo que creemos y lo que no creemos. Pero luego añadimos a esto la siguiente

filosofía sobre la Biblia: “La parte de la Biblia que está inspirada es la que me inspira”.

“¡Ah, sí!”, nos dicen estos maestros, “la Biblia es inspirada, pero solo los pasajes que me inspiran. El resto de la Biblia lo podemos pasar por alto”. Si encontramos en las Escrituras algo que contradice nuestras inclinaciones naturales, podemos descartarlo afirmando que esa parte de las Escrituras no está inspirada, y por consiguiente no tengo que hacerle caso.

Una cuarta fuente de autoridad falsa procede de la razón o de la filosofía. En este caso nos quedamos atrapados en pantanales filosóficos. Si nuestra autoridad debe dimanar de la razón o de la filosofía, la pregunta lógica es: *¿De cuál? ¿El espiritismo? ¿El naturalismo? ¿El idealismo? ¿El realismo? ¿El materialismo? ¿El intuicionismo? ¿El ateísmo? ¿El humanismo?*

Si tomas todos estos paradigmas y los barajas, tendrás una buena combinación entre manos. Estoy convencido de que en cada uno de ellos hay algo admirable y positivo. Sin embargo, lo que me preocupa de la filosofía no es lo bueno sino lo malo. No es el agua la que mata, sino el veneno que contiene.

Desde muy joven he leído filosofía, psicología y muchas cosas relacionadas con ellas. Cuando las examinamos, una cosa es tan buena como la otra o, podríamos decir, tan mala como la otra. Lo que tienen todas estas cosas en común es que son autoridades falsas.

La religión como autoridad falsa

La última autoridad falsa que deseo mencionar en estas páginas es la propia religión. Puede parecer un tanto extraño, pero la religión se ha convertido en una falsa autoridad prácticamente desde el comienzo. Quizá podríamos remontarnos incluso a la torre de Babel, pero esto es una mera especulación por mi parte.

Si la religión no debe ser nuestra autoridad, pregunto de nuevo: *¿Cuál debe serlo?*

¿Será oriental, occidental, monoteísta o politeísta? Cuando hablamos de la religión, ¿cuál es la autoridad correcta? Cada una de estas religiones contradice a las otras, y donde hay contradicción no puede haber autoridad. Si una de estas religiones es la correcta, ¿cuál es?

Este ha sido el dilema con el paso de los años. Por naturaleza, el hombre es religioso y desea organizar su religión. A lo largo de los siglos han surgido numerosas religiones en diversos lugares del mundo que han organizado a las personas.

¿Cómo nacen y crecen estas organizaciones religiosas? Es bastante evidente que la mayoría de estas religiones, por no decir todas ellas, ha experimentado un crecimiento y un desarrollo considerables. Crecen en el periodo histórico en el que están y en el número de acólitos que tienen. No es infrecuente que muchas de ellas compitan con otras. Para algunas es normal arrebatarse las ovejas de otra religión, por así decirlo. No es un hurto difícil, dado que muchas personas basan su elección de una religión en quién ofrece más y, normalmente, lo que ofrecen es diversión, entretenimiento y valores de esa naturaleza.

Todas las religiones empiezan siendo un reducido grupo de personas y, las que resisten, crecen y aumentan en número siglo tras siglo. Quienes conocieron la religión en sus inicios, ya hace mucho tiempo que murieron. Las generaciones siguientes nunca conocieron un momento en que una organización religiosa no estuviera bien asentada, de modo que manifiestan hacia ella una actitud respetuosa, reverente. Esto es lo que confiere a la religión su autoridad.

Esta conserva su poder y aumenta su capacidad de obtener reverencia por diversos medios.

Una de las vías es la costumbre. Nadie se atreve a cuestionar

la autoridad de esta religión, porque nunca han conocido un solo día en que estuviera desprovista de esa autoridad. La costumbre de su religión se ha convertido en algo que les dota de una sensación de seguridad.

La vestimenta especial, sobre todo para los líderes religiosos, es un factor muy importante que contribuye a la solemnidad de una religión. Si alguien se limitara a ver el vestido, sin saber nada de la religión ni de sus costumbres, se sentiría tentado a reírse. Buena parte de las prendas que llevan los líderes religiosos hace mucho tiempo que perdieron su significado. Lo que en otro tiempo fue la moda de una cultura es hoy una regresión cómica al pasado. Sin embargo, debido a su asociación con la autoridad percibida de la religión, esas prendas obsoletas inspiran un gran respeto entre los acólitos de esa religión.

Otra manera en la que la religión procura mantener su poder y aumentar la impresión que causa es por medio de los objetos de que se rodea, la pompa, los honores, las solemnidades, los derechos mágicos y una pretensión extrema de gravedad absoluta. Desde fuera parece algo impresionante y espectacular, pero por dentro está vacío y prácticamente carece de sentido.

La intimidación es un instrumento que usa a menudo la religión para mantener su poder sobre las personas. Permíteme ser franco: el propósito de la religión es controlar a las personas, y el modo más eficaz de hacerlo es por medio de la intimidación. Entre las armas más efectivas de la intimidación figuran la amenaza del purgatorio, la excomunión y demás. Nadie quiere ser excomulgado, es decir, apartado del resto de las personas.

La religión también preserva y aumenta su poder por medio de las presiones económicas. Quien controla el dinero controla a las masas. Una artimaña eficaz de la religión es usar la presión económica para intimidar y controlar a las personas. En la iglesia evangélica debemos tener cuidado de no caer en esta trampa.

Un aspecto que a menudo se pasa por alto es el movimiento

hacia una religión de una iglesia única. A estas alturas no estoy preparado para definir ese tipo de iglesia. La gente siempre encuentra problemas cuando intentan explicar lo que no saben ni siquiera ellos. No sé cuál será esa religión de una sola iglesia; solo sé que tal y como van las cosas, nos dirigimos hacia ese destino en un futuro no muy lejano. Lentamente pero sin cesar, la presión se centra en someter al mundo a la autoridad de una iglesia. Sin duda, esta sería la manera más eficaz de controlar a las personas: quien controle a la iglesia única controlará a todas las personas que pertenezcan a ella.

Desde un punto de vista puramente humanista, la religión de una sola iglesia parece resolver muchos problemas. Quienes pretenden atarnos con estas cadenas religiosas dicen hacerlo por amor a la eficiencia económica, un argumento que tiene su lógica.

También dicen que, como seguidores de Cristo, debemos amarnos unos a otros y unirnos en una hermandad. Por consiguiente, nos abrazan al tiempo que nos esclavizan. Nos presionan para que consolidemos nuestras creencias religiosas formando una religión cómoda y universal.

Creo que llega la hora en la que los cristianos evangélicos no podemos tomarnos nuestro cristianismo con tanto desenfado como hemos hecho hasta ahora. Llega el día en que tendremos que plantar cara y propugnar lo que realmente creemos.

No solo por el imperio poderoso

William Pierson Merrill (1867-1954)

No solo por el imperio poderoso,
que se extiende sobre tierra y mar,
no solo por las cosechas abundantes
alzamos nuestro rostro a ti.

Viviendo en el momento presente,
entre el recuerdo y la esperanza,
Señor, con gratitud profunda te
alabamos más por lo que no vemos.

No por buques de guerra ni fortalezas,
ni conquistas por la espada,
sino por las del espíritu te damos las gracias, oh, Señor;
por el don precioso de la libertad,
por el hogar, la iglesia, la escuela,
por la puerta abierta a la edad adulta en
un país regido por el pueblo.

Por las huestes de los fieles,
las almas que se fueron innominadas;
por la gloria que ilumina a los patriotas de fama eterna.
Por nuestros profetas y apóstoles,
leales a la Palabra viva,
por los héroes del espíritu te damos gracias, oh, Señor.

Dios de justicia, salva al pueblo del
conflicto entre raza y credo,
de la lucha entre clases y facciones
libera Tú a nuestra nación;
que guarde su fe en la simple humanidad,
como cuando nació,
¡hasta hallar su fruto pleno en
la hermandad de los hombres!